

te del Aube, hácia Vandœuvre, se inclinaba á dejar las márgenes de este rio y á replegarse sobre Troyes para unirse allí á Mortier y hacer frente á la masa de los aliados, que tomaba al parecer este camino, cuando ya muy entrado el dia supo de boca de algunos pasados y por las disposiciones manifiestas del enemigo, que iba á ser atacado en la Rothière de frente. Desde entonces ya no entraba en su carácter ni en un buen cálculo emprender la retirada. Asi resolvió hacer cara á la tempestad y recibir calorosamente el ataque anunciado, sin perjuicio de retirarse despues de resistir lo suficiente para no aparecer ni desalentado ni vencido.

Segun ya hemos expresado, Napoleon apoyaba su derecha junto al Aube, en Dienville, donde á las órdenes del general Gerard se encontraban la division de Dufour, primera de reserva, y la de Ricard destacada del cuerpo de Marmont: su centro, formado de las tropas del mariscal Victor en la Rothière, cortando el camino real y extendiéndose hasta la Giberie: su izquierda delante del bosque de Ajou, protegida por el arroyo y la aldea de Morvilliers. No constaba de mas de cuatro mil hombres esta izquierda compuesta del cuerpo de Marmont, que estaba reducido actualmente á la division de Lagrange. Verdad es que disponia de muchos cañones hábilmente colocados por el mariscal Marmont, para contener á los bávaros cuando atacaran el arroyo y la aldea de que ya se ha hablado. Finalmente, con dos divisiones de Joven Guardia, toda la caballeria y una artilleria numerosa, se mantenian Napoleon en reserva detrás de la Rothière y algo á la izquierda, para estar mas en aptitud de socorrer á Marmont ó á Victor, segun lo exi-

gieran las circunstancias. Por las listas que se pasaron aquella mañana misma, consta que realmente no tenia mas que treinta y dos mil hombres.

No empezó el fuego hasta las dos de la tarde. Despues de cruzar Blucher trabajosamente el espacio que le separaba de nuestras posiciones, se adelantó sobre la Rothière en dos fuertes columnas, una compuesta de las tropas de Sacken y otra de las de Olsouvieff y Scherbatow. Por ambas partes se empenó un vivo cañoneo, mas como teniamos mucha artilleria, no fué en ventaja de los rusos, mandados por Blucher en esta jornada. Muy luego quiso este operar mas seriamente, y asi empujó hácia las primeras casas de la Rothière sus masas de infanteria. A su cargo tenia la division de Duhesme, del cuerpo del mariscal Victor la custodia de esta aldea. Nuestros reclutas, bien parapetados dentro de las casas y detrás de las tapias de los jardines, con barricadas en todas las avenidas, respondieron con un fuego de los mas violentos á las tentativas de los soldados de Blucher, y asi lograron contenerlos. El mariscal Victor, abatido al salir de Estrasburgo, tornó á hallar todo el vigor de la mocedad en esta grave coyuntura, y se le vió donde mas arreciaba el peligro dando ejemplo á sus soldados que le seguian noblemente.

Mientras Blucher luchaba con este obstáculo hácia el centro, despues de desfilarse el general Giulay por detrás para dirigirse á Dienville, encontró allí nuestra ala derecha, situada delante de esta aldea y á las márgenes del Aube. En lo interior del pueblo habia establecido el general Gerard una parte de sus tropas, y la otra en la llanura, para enlazarla con la Rothière, y al amparo de un gran

número de bocas de fuego. A este lado fué recibido el general Giulay por un fuerte cañoneo como Blucher al otro, y no tuvo mejor fortuna, pues en vano quiso tomar la aldea, y perdió mucha gente sin conseguirlo. Para tener mas probabilidades de triunfo, atacando á Dienville por las dos orillas del Aube, llevó á la izquierda á la brigada de Fresnel por el puente de Unienville situado algo mas arriba; pero, despues de atravesarlo y de llegar delante de Dienville, encontró su puente barreado y hubo de sufrir el fuego de fusil de una multitud de tiradores emboscados á la orilla del rio. Todo lo que le fué posible hacer se redujo á tomar posicion sobre una cumbre opuesta á Dienville, y á disparar por encima del Aube con sus cañones. Muy serenamente sufrió estos disparos la division de Dufour colocada á la orilla opuesta, y respondió con un fuego no menos mortífero.

De consiguiente asi en nuestra derecha como en nuestro centro hallaron los aliados una resistencia obstinada. Hacia nuestra izquierda, despues de atravesar el príncipe real de Wurtemberg el bosque de Eclance, se esforzó por hacerse dueño del pequeño lugar de la Giberie, que flanqueaba la Rothière, y se enlazaba al bosque de Ajou ocupado por Marmont. Allí habia un destacamento del mariscal Victor, que, vencido por el número, se vió obligado á evacuar el pueblo. Mas, poniéndose el mariscal Victor á la cabeza de una de sus brigadas, volvió á ganarlo y repelió muy lejos á los wurtembergueses. Finalmente, á la extremidad de este campo de batalla, donde la línea de los aliados se torcia en rededor de nuestro flanco izquierdo, tras de desembocar los bávaros de la

selva de Soulaines y de desplegarse á lo largo del arroyo de Morvilliers, se vieron detenidos por el mariscal Marmont, que habia dispuesto perfectamente su artillería y la utilizaba de la manera mas formidable.

Asi al cabo de dos horas de un violento cañoneo y de un vivísimo fuego de fusilería, no habia ganado terreno el enemigo en ninguna parte. Pero no se podia resignar á que le tuviera en jaque un ejército, que le parecia de cuarenta mil hombres á lo sumo, á la par que juntaba cerca de cien mil soldados sin incluir sus dos alas extremas.

De consiguiente, probó un esfuerzo decisivo á eso de las cuatro de la tarde. Blucher, á cuya espalda se vinieron á situar las guardias rusa y prusiana, se lanzó sobre la Rothière con espada en mano, á la par que, por virtud de las apremiantes instancias del príncipe de Wurtemberg, enviaba el emperador Alejandro una brigada de su guardia para que le apoyase en el ataque de la Giberie. Entonces la accion vino á ser terrible. Las columnas de Sacken entraron en la Rothière y fueron rechazadas, nuevamente penetraron á poco, no teniendo que habérselas mas que con la division de Duhesme, que no pasaba de cinco mil hombres. Guiada esta division por el mariscal Victor en persona, no abandonó el puesto hasta quedar medio destruida. Al mismo tiempo y con el fin de llenar el hueco entre la Rothière y la Giberie, la caballería de la Guardia, seguida por su artillería montada, se arrojó sobre la caballería de Pahlen y de Wassiltsikoff, y arrollóla sobre la infantería de Scherbatow. Mas detenida por la infantería rusa, cargada por un cuerpo de dragones, perdió en esta

refriega parte de su artillería, no pudiendo recogerla por falta de tiempo. Con el apoyo de la Guardia rusa penetró el príncipe de Wurtemberg en la Giberie; y avergonzados los bávaros de verse contenidos por el escaso número de los soldados de Marmont, al fin cruzaron el arroyo que les embarazaba el paso, se hicieron dueños de la aldea de Morvilliers, y desembocaron en la llanura, que se dilata al pié del bosque de Ajon, á fin de desembarazarse de nuestra artillería que les causaba gran destrozo.

Crítico era el instante, y Napoleon, que no habia cesado de ordenar todos los movimientos bajo una lluvia de proyectiles, á pesar de ser ya de noche resolvió no dejar tantas ventajas á sus contrarios. Conociendo que la retirada no era posible con honor y seguridad mas que intimidando al enemigo, de pronto soltó las dos divisiones de Joven Guardia, que eran su último recurso, sobre los dos puntos principales. Contra la Rothière dirigió la division de Rothenburgo, al mando del mariscal Oudinot, con orden de arrollarlo todo por delante, y en persona condujo la division de Meunier hácia la izquierda, entre Marmont, que se habia replegado sobre la aldea de Chaumenil, y Victor que habia perdido la Giberie. Con el arranque de la desesperacion y guiadas por Napoleon y Oudinot marcharon estas bisoñas tropas. Situada entre Chaumenil y la Giberie la division de Meunier atajó de raiz los progresos de los bávaros y de los wurtembergueses. Oudinot, á la cabeza de la infantería de Rothenburgo, se desplegó sin vacilaciones bajo un fuego espantoso, obligó á retroceder á las masas enemigas, y hasta se resolvió á

apoderarse de la aldea de la Rothière. Ya habia cerrado la noche: se peleó cuerpo á cuerpo y con cierta especie de furor dentro de la aldea; y solo á las diez de la noche, cuando ya no podia el enemigo molestar nuestra retirada, se replegó el héroe Oudinot de la Rothière hácia Brienne. Nuestro movimiento retrógrado se ejecutó ordenadamente, cubierto por las divisiones de la Joven Guardia y por los dragones de Milhaud, que, cargando ó siendo cargados alternativamente, ocuparon el terreno, si bien perdiendo la artillería por la imposibilidad de llevarla consigo. Mucha porcion teníamos de ella en comparacion de nuestra infantería, para que pudiéramos protegerla, y asi se abandonaba despues de utilizarla con buen fruto, satisfaciéndose con salvar los artilleros y los tiros. Por lo demás, interin el centro, formado de la Guardia, de la caballería y de los restos del cuerpo de Victor, se retiraba sin ser roto, la izquierda mandada por Marmont se escondia á la vista muy venturosamente por entre el bosque de Ajon, y la derecha dirigida por Gerard, y que se habia mostrado incontrastable en Dienville, se replegaba sin accidente á lo largo del Aube, tras de matar ó herir un gran número de hombres al enemigo.

Asi terminó esta jornada terrible en que se puede afirmar que la resistencia de treinta y dos mil hombres contra ciento setenta mil combatientes, de los cuales cien mil jugaron en el lance, fué un verdadero fenómeno de guerra. Esta resistencia se debia á la habilidad y al vigor del general Gerard, al buen uso que el mariscal Marmont hizo de su artillería, á la adhesion heroica de los mariscales Oudinot y Victor, y por encima de todo al

teson indomable de Napoleon. Sin su carácter de hierro fuera precipitado en el Aube. Su continen-
cia era adecuada para dar en qué pensar al ene-
migo, y salvaba su situacion por el momento. Cerca
de cinco mil hombres perdió entre muertos y
heridos, y fuera de combate puso de ocho á nue-
ve mil á los aliados, gracias á la ventaja de la po-
sicion y al mucho juego de la artillería; diferencia
que constituia una satisfaccion sin duda, bien que
un suceso militar escaso, porque para nosotros
eran mas sensibles las pérdidas mas leves que
para la coalicion las mas considerables. Nuestro
sacrificio en artillería fué de unas cincuenta bocas
de fuego, si bien casi sin pérdida de artilleros, ni
de caballos (1), lo cual demostraba que eran mas
bien piezas abandonadas que conquistadas por el
enemigo. Napoleon no habia dado este despro-
porcionadísimo combate mas que para cubrir su
retirada. Durante la noche cruzó sin confusion el
puente de Lesmont, y ganó en buen orden á Tro-
yes. Como para desfilarse tenia necesidad de toda la
noche, y como le podia acometer el enemigo á la
punta del dia, resolvió dejar el cuerpo de Mar-
mont, formado solo por la division de Lagrange, á
la derecha del Aube y sobre la altura de Perthes,
de manera de persuadir á Blucher que alli estaba
el ejército francés todo en aptitud de pelear de
nuevo. Este cuerpo no corria formal peligro, teni-
endo para cubrirse el Voira, riachuelo hondo

(1) El enemigo habló de dos mil ó dos mil y quinien-
tos prisioneros. No eran mas que heridos que abandoná-
bamos por no poder retirarlos, y no verdaderos prisione-
ros cogidos en línea.

aunque estrecho de cauce, siendo suyos todos los
puentes, y estando seguro de hallar detrás un asilo
asi que fuera vivamente atacado.

Con efecto, cansado el enemigo del combate de
la vispera y despertando algo tarde al dia siguien-
te, se adelantó hácia el puente de Lesmont por un
lado, y hácia la altura de Perthes por otro, y se
mantuvo en cierta especie de duda al ver el cuer-
po de Marmont en batalla. Mientras se esforzaba
por calcular el paradero del ejército francés, este
acababa de desfilarse muy cerca por el puente de
Lesmont, y Marmont mismo, despues de contri-
buir á su ilusion lo bastante, se ocultaba á la vista
pasando por Rosnay el Voira.

Con todo Marmont fué seguido por el mariscal
de Wréde sobre este rio. Despues de ocupar bas-
tante tiempo la altura de Perthes, y de mostrarse
alli con buen aire, pasó á la vista de los bávaros
el puente de Rosnay, y se apresuró á destruirlo.
Pero, estrechado muy de cerca, no pudo quitar
mas que el tablero del puente, y dejó en pié las
estacas todas, cuya cabeza salia muy por encima
del agua. Mientras alineaba en batalla las pocas
tropas de que ya disponia al otro lado del Voira,
descubrió que mas abajo de Rosnay, probaban al-
gunos destacamentos enemigos á pasar este ria-
chuelo. Al pronto envió sus ginetes para oponerse
á la tentativa, mas conociendo que no eran bas-
tantes y á la vista de que ya habian efectuado el
paso de dos á tres mil hombres, se fué sobre ellos
en persona con algunos centenares de los suyos,
porque si no atajaba aquel movimiento, su cuerpo
corria peligro de verse cortado del Aube y de Na-
poleon, y de consiguiente, lanzado en medio de los

cuerpos de Wittgenstein y de York, esto es, envuelto y copado. Al golpe se arrojó con la espada desnuda sobre el destacamento que habia pasado el Voira con alguna porcion de estacas y tablones, le atacó bruscamente y arrollólo sobre el riachuelo. Ante este espectáculo, su caballería dió una carga á muerte, y en un abrir y cerrar de ojos acuchilló ó cogió á unos mil hombres. Tras de dar cima á tamaña proeza mas abajo de Rosnay, se hubo de correr Marmont á este mismo punto á causa de una tentativa casi semejante. Previendo que se podia intentar el paso del riachuelo por aquel puente medio destruido, habia emboscado á un capitán de infantería muy inteligente con su compañía. Este, despues de dejar que pasaran uno á uno, por encima de los apoyos del puente ya sin tablero, bastantes enemigos, los fusiló á quema ropa; y Marmont llegó para rematarlos. Asi un cuerpo como de tres mil franceses, pues no contaba Marmont con mas fuerza por estar separado de la division de Ricard, contuvo toda una jornada á un cuerpo de veinte y cinco mil bávaros, y les mató ó cogió mas de dos mil hombres. Este doble combate fué un verdadero servicio, porque excitando la confianza del ejército hasta el mas alto punto, y haciendo á los aliados infinitamente mas circunspectos, contribuyó sobremanera á entorpecer sus movimientos, lo cual debia permitirnos multiplicar los nuestros, único recurso que nos quedaba en el muy exiguo estado de nuestras fuerzas.

Habiendo cruzado Napoleon el Aube sin accidente alguno, permaneció en Piney el 2 de febrero y á otro dia se fué á establecer á Troyes. A pesar de ser un gran acto militar esta última batalla,

tan enérgicamente sostenida contra fuerzas superiores, nos dejaba en un inmenso peligro. Al parecer la coalicion habia juntado todas sus tropas entre Bar-sur-Aube y Troyes, y si perseveraba en marchar unida sobre París, muy dudoso era que se le pudiese atajar el paso, aun haciéndose matar hasta el último hombre. Despues del combate del 29 de enero y de la batalla de 1.º de febrero, le quedaban á Napoleon cuando mas de veinte y cinco á veinte y seis mil combatientes. Mortier, á quien acababa de encontrar en Troyes, tendria quince mil acaso, y unos cuatro mil el general Hamelina-ye, lo cual elevaba la totalidad de nuestras fuerzas disponibles á cuarenta y cinco mil hombres. Ahora bien, el príncipe de Schwarzenberg, con Wittgenstein y Blucher, no contaba menos de ciento sesenta mil soldados, deducidas las pérdidas de los dos últimos combates; y aun no se incluye asi todo, pues Blucher iba á ser reforzado, no solo por de York, procedente de Metz, sino por Langeron, pronto á acudir desde Maguncia; por Kleist al levantar el bloqueo de Erfurt, debiendo ser relevados los tres por tropas alistadas á toda prisa en Alemania. Asi, pues, se ignoraba hasta qué punto se engrosaría la masa de los aliados dentro de poco, y posible era que cuarenta ó cincuenta mil combatientes se las tuvieran que haber con doscientos mil enemigos. ¿Y cómo defenderse entonces? Siempre tenian los soldados en Napoleon la misma confianza, aunque desertasen algunos reclutas; pero los gefes que les daban ejemplo de la adhesion mas enérgica sobre el campo de batalla, los gefes dotados de bastante experiencia para comprender el peligro de una situacion casi desesperada, no de

bastante genio para descubrir los recursos, se abandonaban fuera del fuego al mas completo desmayo. Tristeza sentian muy profunda; como no se cuidaban de recatlarla, poco á poco cundia á las filas inferiores; y el invierno con su cortejo de padecimientos y privaciones mal podia contribuir á desvanecerla. En el Franco-Condado, en Alsacia, en Lorena, habian acreditado los habitantes un espíritu excelente y una verdadera fraternidad respecto de las tropas. En Troyes y su contorno, donde el espíritu no era tan bueno, donde ya las cargas de la guerra se habian hecho sentir cruelmente, donde reinaba extremada irritacion contra el gobierno, fué menos cordial la acogida que se hizo al ejército, y fatales reyertas entre soldados y paisanos añadian afflictivos colores al cuadro que se presentaba á los ojos.

Aunque dolorosamente afectado, no estaba Napoleon abatido. Aun descubria muchos recursos donde no los sospechaba nadie, se esforzaba por que los conocieran todos, y acreditaba, no serenidad ni alegría, lo cual fuera una afectacion de mal efecto en tales circunstancias, sino una tenacidad y una resolucion indomables, y desesperantes para los que hubieran querido verle mas propenso á doblegarse bajo los sucesos. Nada confuso, nada desconcertado, sobre todo nada flojo, sobrellevando las fatigas y aun las angustias con una fuerza muy superior á su salud, personalmente en medio del fuego de continuo, con la mirada fija, la voz brusca y vibrante, sustentaba el peso de sus faltas con un vigor que se las hiciera perdonar por completo, si las grandes cualidades fueran una excusa bastante de los males que se han originado en el mundo.

De todos modos, la confianza que manifestaba no carecia de fundamento, aunque en parte fuese fingida. Si no le quedaban mas que cuarenta y cinco mil hombres, incluyendo lo que llevaba de Brienne, la Vieja Guardia de Mortier, y la pequeña division de Hamelinaye, de un instante á otro esperaba quince mil veteranos procedentes de España y llegados ya á Orleans en posta. Este refuerzo debia elevar materialmente sus fuerzas á sesenta mil hombres, y moralmente á mucho mas. El bravo Pajol, que con mil doscientos caballos y de cinco á seis mil guardias nacionales defendia los barrados puentes del Sena y del Yona, en Nogent-sur-Seine, Bray, Montereau, Sens, Joigny, Auxerre, aguardaba cuatro mil hombres de la reserva de Burdeos. Dentro de poco debia haber en Paris dos divisiones de Jóven Guardia, cuya organizacion iba á ser terminada. Alli se habian hecho refluir además veinte y cuatro depósitos de regimientos, con los cuales se podian formar veinte y cuatro batallones de quinientos á seiscientos hombres cada uno, llenándolos de conscritos, y unidos estos batallones á las dos divisiones de Jóven Guardia formarían cuatro divisiones de infantería de mas de veinte mil hombres en su total fuerza. Tambien habia para equipar algunos miles de ginetes en Versailles, y tiros para ochenta bocas de fuego en Vincennes. De todo resultaban treinta mil hombres mas para elevar á noventa mil la fuerza total de Napoleon á la vuelta de ocho ó diez dias. Finalmente á Montereau, á Meaux, á Soissons, acudian hombres valerosos á ofrecer y emplear su patriotismo ingresando en los cuadros de guardias nacionales. No estaba perdido todo, si se sabia con-

servar algunos días mas la sangre fría de otras veces. Por desgracia en París faltaban dos cosas, no hombres, segun ya se ha dicho, sino dinero y fusiles. Respecto del dinero, cuando Mr. Mollien en los mayores apuros no sabia de donde sacar cien mil francos, una libranza contra el tesorero de la lista civil los hacia salir de las Tullerías. Menos fácil era lo de proporcionarse armas. Seis mil fusiles nuevos habia y treinta mil por reparar segun ya queda manifestado. Se trabajaba en hacer estos servibles, pero las composturas cotidianas apenas daban abasto á las distribuciones, y la reserva de armas útiles disminuía á vista de ojos. Bastante de prisa se construía el vestuario, y sin cesar llegaban caballos. Escribiendo Napoleon de continuo á su hermano José y á Clarke, se esforzaba en sacar de su pereza al uno y en suplir la capacidad del otro; les trazaba lo que habian de hacer punto por punto; ningun día dejaba á la emperatriz y al príncipe de Cambacéres sin noticias suyas; recomendábales valor y calma; les afirmaba que nada habia perdido; que el enemigo no habia alcanzado ninguna ventaja decisiva, y que con energía y constancia se acabaria por salvarlo todo.

Mientras se desviaba por aprestar sus recursos y hacer creer en ellos, le quedaba una eventualidad favorable y cercana, que era el secreto de su genio, y de la cual tenia como presentimiento. Si se realizaba esta eventualidad, podia mudar el semblante de las cosas, y conducirle á importantes triunfos. Por de pronto estaba amenazado de una inmensa y fatal batalla, dada bajo los muros de París contra fuerzas cuádruples que las suyas. Tal era la triste verosimilitud, si el enemigo persistia

en marchar en masa. ¿Mas no se dividiria por ventura? ¿Entre las vias diversas del Yona, del Sena, del Aube, del Marne, no propenderia á dividirse y extenderse, ora para vivir, ora para dar la mano á las tropas del Este y del Norte, ora en fin, por otras mil causas? ¿Blucher, que contaba fuerzas junto al Marne y á mayor distancia, pues habia dejado en las fronteras de Bélgica al general Saint-Priest, no querria traerlas á su lado, y entonces no daria un paso hácia ellas para que la operacion fuera mas segura? ¿Schwarzenberg, que tenia fuerzas en el camino de Ginebra y hasta á la parte de Lyon, no querria alargar hácia Dijon un brazo? ¿A estas causas no se juntarian otras morales de separacion, rivalidades, antipatías, deseos de operar los unos con independencia de los otros? ¿Por ejemplo, no querria Blucher ir sobre el Marne, dejando á Schwarzenberg sobre el Sena, á fin de estar mas libre de obrar á su frente? Napoleon lo sospechaba muy á fondo, y aun casi habia concebido la certidumbre al segundo día de su retirada sobre Troyes (1). Si acontecia esto, su plan estaba ya combinado. Sin mas que dejar delante de Schwarzenberg un cuerpo de tropas, se ocultaria rápidamente á sus ojos, para caer sobre Blucher y abrumarle, tras de lo cual revolveria en su contra. Sin embargo, no desplegaba los labios por miedo de que se divulgara su secreto, y una indiscrecion del estado mayor lo hiciera llegar al enemigo. En su rededor la presencia de una masa compacta, cuatro veces superior al ejército francés por lo me-

(1) Con fecha del 2 escribió Napoleon algunas palabras oscuras, pero muy positivas al ministro de la Guerra.

nos, era la nube que ofuscaba todos los ojos y aterrorizaba todos los corazones. Se veía obligado á dar bajo los muros de París una batalla general con tan desproporcionadas fuerzas que la victoria sería imposible, y se deseaba conjurar este peligro á toda costa, y conjurarlo por medio de la paz tal como se lograra. Así no bien llegó Napoleón á Troyes el 3 de febrero, vióse asediado por las representaciones de Berthier, que siempre había sido prudente, y de Mr. Basano que lo empezaba á ser por consecuencia de los últimos reveses. Tratar á cualquier precio en Chatillon constituía su firme sentimiento, expresado de la manera mas apremiante.

Se podía lograr en efecto, pues acababan de llegar á Chatillon los plenipotenciarios de las potencias aliadas, dispuestísimos á firmar la paz, si bien sobre la doble base de las fronteras de 1790, y de nuestra exclusion de los futuros arreglos de Europa. Mr. de Caulaincourt acogido con urbanidad y tibieza pudo vislumbrar que se le preparaban crueles proposiciones, y que de las bases de Francfort se estaba ya á mucha distancia. Sin quererse explicar de una manera categórica Mr. de Floret, secretario de la legacion austriaca, encargado de dar consejos benévolos al negociador francés en secreto, le dijo.—Tratad á toda costa, porque esta ocasion es como la de Praga, como la de Francfort, y una vez desperdiciada no se volverá á presentar nunca.—Espantado Mr. de Caulaincourt de este consejo, y anhelando saber qué sacrificios se iban á imponer á la Francia, no pudo obtener de Mr. de Floret explicacion alguna, pero dedujo la certeza de que había que resignarse á sacrificios de otra

monta que los de Francfort, si se había de salvar á París, y con París el trono imperial. De consiguiente escribió á Napoleón y suplicóle que para negociar le otorgara otras amplitudes, pues las instrucciones que le recomendaban, no solo exigir el Escalda, sino el Wahal, no solo los Alpes, sino la Italia, no solo una influencia legitima sobre la suerte de las provincias cedidas, sino la posesion de algunas de ellas para los hermanos de Napoleón, eran un horroroso contrasentido ante la situacion presente. Amplitudes pedia sin decir cuáles, y las pedia de rodillas, no como un hombre que se prosterna para salvar su fortuna y su existencia, sino como un buen ciudadano que se humilla para salvar á su patria. Desconfiando de Mr. de Basano á quien no estimaba y por quien tampoco era estimado, á quien juzgaba malamente como origen de la porfia de Napoleón, escribió á Berthier, para rogarle ante todo que le enviara puntuales informes sobre la situacion militar, y además para conjurarle como noble y fiel compañero de los peligros de Napoleón, á que empleara todo su influjo en hacerle ceder al cabo.

Así Napoleón tenía que aguantar, no solamente la carta de Mr. de Caulaincourt con demanda de otras instrucciones, sino tambien las súplicas mas fervorosas de Berthier, y aun de Mr. de Basano, que ahora distaba mucho de excitar á su soberano á la resistencia. Mas y mas aguijoneaban el celo de los que rodeaban á Napoleón las noticias llegadas de diferentes partes. Con efecto, al parecer se habían extendido cuerpos austriacos á nuestra derecha mas allá del Yona. De cuatro á cinco mil cosacos habían dejado atrás á Sens y amenazaban á

Fontainebleau. A nuestra izquierda, hacia el Marne, no era para infundir menos inquietud el estado de las cosas. El mariscal Macdonald, á quien se habia dado órden de replegarse sobre Chalons y de mantenerse en este punto, se hubo de retirar á Chateau-Thierry, ya expulsado de Chalons por el enemigo, y aun se decia que hasta Meaux no le fué posible hacer alto. Consigo llevaba los cuerpos 5.º y 11.º de infantería y el 2.º y 3.º de caballería; los calculaba Napoleon en doce mil hombres, y estaban reducidos á seis ó siete mil en suma. Bandas de desertores del ejército se habian esparcido entre Meaux y Paris y llenaban toda la comarca de espanto. Los parisienses veian al enemigo llegar sobre ellos por tres vias, la de Auxerre, la de Troyes, la de Chalons, y solamente en una divisaban fuerza capaz de ponerlos á resguardo, la mandada por Napoleon en persona, que segun cundia de boca en boca, llevó la mejor parte en el combate del 29 de enero, y la peor y muy de bulto en la batalla sobrevinida á los dos dias. Además se hablaba de movimientos en la Vendée, y este pais tan tranquilo antes y tan agradecido á Napoleon, se mostraba dispuesto á la insurreccion segun las apariencias. Finalmente, con general asombro se anunciaba que Murat, el mismo cuñado del emperador, elevado por él al trono, acababa de hacer traicion á la vez á la alianza, á la patria, al parentesco, trasladándose á espaldas del príncipe Eugenio. Este conjunto de malas noticias trastornó todas las cabezas. Asustada la emperatriz llamaba de continuo, ora á José, ora al archicanciller, para confiarles sus penas, y al ver cerca el peligro, se moria de miedo por su esposo, por su hijo y por ella. Dentro de

Paris cundia el rumor de que la corte se iba á retirar sobre el Loira, y cotidianamente iba á las Tullerías una muchedumbre inquieta para cerciorarse de si los coches de paseo, que por lo comun llevaban al bosque de Boulogne á la emperatriz y al rey de Roma, se trasformaban en coches de viaje destinados á trasladarlos á Tours (1).

Estas circunstancias irritaban á Napoleon sin perturbarle. En lo que todos veian motivos de miedo, los columbraba mas bien de esperanza. Con efecto, sospechaba que se le habia aproximado un cuerpo austriaco, y pensaba en acometerlo y destruirlo. El peligro de Macdonald, la manera con que era perseguido, le inducian á creer que se habia dividido el grande ejército de los aliados, extendiendo hacia el Marne una de sus alas. Esto era lo que siempre habia querido y esperado. Asi encaminó á Marmont á Arcis-sur-Aube, y recomendóle avanzar en sus reconocimientos hasta Sezanne y Fère-Champenoise, para estar al corriente de lo que hacia el enemigo, y hallarse á todas horas en aptitud de aprovechar la primera falta.

A todo esto necesitaba responder á las súplicas

(1) Segun mi costumbre de no trazar jamás cuadros de capricho, diré que tomo estos pormenores, no solo de la correspondencia del rey José, ya publicada en parte, sino de la del príncipe Cambacères, del duque de Rovigo y del duque de Feltro, inéditas y minuciosas por extremo. Aun contienen con mas vivacidad las particularidades que apunto. Mas bien atenúo que exagero los colores, sabiendo que siempre hay que quitar algo de la exageracion del tiempo, bien que esta exageracion misma sea uno de los rasgos de la situacion que se debe conservar en cierta medida.